

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 119 —BARCELONA 29 DE JULIO DE 1916



Vista general del frente de batalla del Isonzo

CRONICA INTERNACIONAL

I. Calma.—II. Italia y Alemania.—III. Los submarinos

I.—Calma

Apenas Brusilov comenzó su soberbio empuje contra los austriacos, se apagaron en las cancillerías, en los Parlamentos y en las columnas de la prensa las alusiones más o menos veladas a la paz; ahora, con motivo de la ofensiva de los aliados, estas alusiones han sido enterradas bajo siete suelos. Lo cual no quiere decir que no resurjan el día de mañana, con más potencia que antes. La ilusión es lo más duradero en el hombre, pero también se extingue, como todo lo humano. La exageración en este sentido no deja de ir seguida de una honda depresión.

En su discurso del 14 de julio, ante el mundo oficial y los deudos de los muertos al frente del enemigo, el presidente Poincaré, que no ha abandonado jamás el tono épico y su convicción optimista, ha extremado la nota, ciertamente algo decaída en sus últimas peroraciones. Ha presentado un cuadro tristísimo de Alemania, cuyas fuerzas están agotadas

y que está siendo arrollada en los dos frentes; ha hecho hincapié en la conquista del Imperio colonial alemán, y ha afirmado rotundamente que Francia lucha por reconquistar, tanto las provincias que ahora gimen bajo el yugo extranjero, como por las que le fueron arrebatadas hace cuarenta y seis años, aludiendo a Alsacia y Lorena. No debemos de censurar al Presidente porque emplee un lenguaje que de seguro no cuadra con lo que siente; se dirige a un pueblo meridional y sabe que la verdad escueta y desnuda, que no conmueve ni aterra a ingleses y alemanes, sería interpretada en Francia como anuncio de una horrible derrota.

No deja de ser digna de lástima la situación de los gobernantes de las naciones en guerra, obligados a pensar de un modo, ejecutar de otro y expresarse de un tercero. Con todo, la impaciencia vuelve a asomarse en algunos periódicos franceses. Cuando se deja uno llevar por su deseo y se complace y alivia contemplando los éxitos franceses en el Somme, sin duda cree que la victoria está al alcance de la

mano; pero al examinar un mapa, medir distancias y recordar en rápida síntesis los acontecimientos pasados, la realidad produce el efecto de martillo. ¡Oh, la victoria! Parece fruto del espejismo, porque cuanto más se va en pos de ella, más se aleja. Y esto se aplica a todos, desde los rusos a los montenegrinos y desde los alemanes a los turcos.

¿De qué sirve el talento humano y el conocimiento de la política internacional? Si los presentes adversarios hubieran podido atisbar lo que iba a suceder al cabo de dos años de guerra, ninguno de ellos se hubiera arrojado en brazos del azar supremo. Pero no escarmentaremos; sírvanos de triste consuelo el que estos luctuosos sucesos no servirán a ningún país de experiencia, y que los errores que en pasados tiempos hemos cometido nosotros, modestos españoles, han quedado en mantillas comparados con los de pueblos que se titulaban a sí mismos omnipotentes e infalibles. De humanos es el errar, y es más fácil, y por de contado infinitamente más grave, que yerre un pueblo que no un individuo; éste conoce sus propias fuerzas; aquél, no.

A falta de hechos de más fuste, ha sido muy comentado en Londres y ha causado deplorable efecto en las familias de las víctimas, que en los funerales celebrados por las almas de quienes perdieron la vida en la famosa batalla naval del 31 de mayo, no sonara la palabra victoria, ni se cubriera a la marina de aquellos epítetos de elogio con que se la rodea invariablemente en Inglaterra. Por lo visto, aún había ilusos que se resistían a reconocer la verdad. Al principio se creyó en Albión que aquello había sido un desastre; luego se ha sabido que no fué más que una derrota. Pero lo que ha dolido en el alma a los isleños es la confesión por parte de sus almirantes de que la estrategia alemana fué superior a la británica. Tantas cosas raras estamos presenciando, que no nos pasmaría que en lo porvenir el orgullo de Inglaterra sea el ejército y no la marina. Hay periódico que apuesta ya en este sentido. La presente epopeya ha sido el fracaso de todos los lugares comunes, aunque estuvieran elevados a la categoría de principios sociales y dogmas políticos, y la aparición de nuevos órdenes de cosas. No estaría de más que los neutrales nos fuésemos enterando de semejantes mudanzas, porque bueno y envidiable es permanecer apartado del conflicto, pero no de sus enseñanzas y de las orientaciones que se van apuntando.

Por fin, como si se tratara de una novela, nos hemos enterado de lo que opinan los periódicos rusos de la grande ofensiva del célebre Brusilov. Sin ocultar su satisfacción, y motivos hay para ella, resulta que el entusiasmo despertado en Rusia por las victorias del ejército del S. dista mucho de igualar al encendido en Francia e Inglaterra. No tiene nada de extraño: así como el buen francés se pondrá triste cuando mida los avances en el Somme y cuente el número de víctimas, el buen ruso mirará el mapa y con victorias y sin ellas deducirá que su país está tan invadido como antes.

Si los indicios no engañan, ahora es cuando Alemania se mostraría más conciliadora; fácil sería llegar a una paz honrosa para todos. Pero como hay pendientes dos ofensivas, se aplaza todo para más adelante; y unas veces porque el enemigo ha obtenido un éxito, otras porque se planea un ataque, y

no pocas por amor propio, nadie quiere tender la mano a su adversario, con lo cual va a resultar que todos quedarán igualmente aplastados. No nos forjemos ilusiones los neutrales; está tan enlazada la economía del mundo, que hasta nosotros llegarán las salpicaduras; al abrirse las fronteras, nos llegarán a su través no pocos horrores y novedades desagradables. ¿A quién ha de acudir, sino, el triste y necesitado de energías?

II.—Italia y Alemania

Alemania ha resuelto, imitando los procedimientos italianos, someter a los capitales de los súbditos del rey residentes en aquel imperio, al mismo trato que los capitales de los súbditos de los países con quienes está en guerra. Este motivo tan trivial, en el que si algo hay que llame la atención es que la medida no se hubiera adoptado ya, está dando lugar a apasionados comentarios en los periódicos italianos, que se duelen de que Alemania haya entrado en un camino que conducirá a la guerra entre los dos pueblos. Pesa tampoco Italia en la conflagración, y se admitiría hasta tal punto que existía el estado de guerra, de hecho por lo menos, que las protestas italianas llevan a la memoria algo en que de momento no pusimos atención.

Recordará el lector que la actitud altiva y resuelta, casi provocativa, de la prensa italiana, que apenas mereció algunas líneas a la germana, ha ido calmando y acabó por desaparecer por completo. Los fracasos en el Isonzo hicieron el milagro. Después, los mismos periódicos han dicho que en la ofensiva austriaca en el Trentino cooperó la artillería alemana servida por artilleros alemanes, algunos de los cuales cayeron prisioneros. No obstante, Italia ni protestó ni vió en el hecho un *casus belli*; en cambio se alarma cuando el gobierno imperial toma una medida de menos trascendencia.

Quien conozca la sutilidad del ingenio de los diplomáticos italianos y no haya olvidado las diferencias, no zanjadas, que estallaron entre aquel reino y sus amigos los ingleses, franceses y rusos, y, sobre todo la disparidad de criterio irreductible en el modo de apreciar la cuestión balcánica Italia y sus aliados, advertirá que en el país del Tiber hay una fuerte masa de opinión partidaria de mantener la amistad con Alemania. Prevén los que tal piensan, que al terminar la guerra Italia se encontrará económicamente aislada y políticamente alejada de alguno de sus aliados, y para tal eventualidad quisieran contar con las fuerzas económicas y mercantiles alemanas.

Lo cual corrobora que si todas las potencias entraron en el palenque por motivos complejos y de orden elevado, Italia vió ante todo en la guerra un *negocio*, y como este negocio se puede torcer procura precaver el peligro.

Si la guerra se prolonga otro año, y a eso equivaldrá el que no se suspendan las hostilidades antes de 1.º de octubre, hemos de presenciar todavía cosas estupendas. Los pobres países invadidos tienen turbada la imaginación, ¿cómo no?; pero los que han tenido la fortuna de librarse de este azote, y en este caso puede decirse que se halla Italia, discurren serenamente y, aunque aparentan lo contrario, se han curado ya de literaturas y retóricas. Lo demues-

tra la inactividad del general Sarraïl, a quien, si le detienen los búlgaros y alemanes, le refrenan igualmente las gestiones italianas. La cuestión de Italia es, de todas, la que se está presentando más ambigua; se sabe lo que hace el reino y lo que inmediatamente se propone, pero no a dónde va.

III.—Los submarinos

La declaración oficial hecha por el Gobierno de los Estados Unidos, reconociendo el carácter de buque mercante al submarino alemán *Deutschland*, ha puesto término a las peregrinas teorías de la prensa aliada. A vueltas de muchos equilibrios y sofismas, pretendían esos periódicos que los submarinos mercantes no fuesen considerados como barcos *legales*, por la poderosísima razón de que podían librarse del registro y exámen por parte de los cruceros británicos. Es decir, que según esa teoría, sólo sería admisible lo que quedase sujeto a la fiscalización y a la autoridad inglesas. Es una manera como cualquiera otra de interpretar el derecho y la libertad. ¿Quién les impide a los aliados fletar submarinos para dar caza a los mercantes enemigos? Puesto que el ingenio alemán ha encontrado el medio de burlar la tiranía de la fuerza ¿por qué el ingenio de los países que niegan a Alemania el título de civilizada, no descubre y aplica el remedio que desea? No llega a tanto el grado de progreso de los aliados, y cuando algún obstáculo les detiene, quieren que los demás pueblos dejen de hacer uso de los medios y elementos que se substraen a su acción. He aquí la aplicación del principio de la igualdad, que consiste en cortar la cabeza a quien se eleva sobre el nivel general; de este modo, se fomenta el progreso y la civilización...

No es este el primer caso, ni será el último, de que la humanidad deba a los alemanes positivos adelantos. Hasta ahora, todas las novedades vienen del centro de Europa; la periferia, con su más elevada cultura, queda reducida al plagio y la imitación. No obstante, si los hechos claman en un sentido, la literatura y las bellas palabras van en el opuesto.

Los submarinos van a ser, son ya, un arma inapreciable para los pueblos débiles bañados por el mar; y los submarinos mercantes, que en pocos años entrarán en la categoría de lo vulgar, acabarán de asestar un golpe mortal a ese dominio de los mares inventado por unos pocos en perjuicio de los demás. De aquí el disgusto y aún el terror de Inglaterra. Su reinado sobre el mar se va haciendo problemático, y como el poderío de Albión se funda exclusivamente en este reinado, no se le oculta que el nuevo estado de cosas que está surgiendo va a devolver a los pueblos pequeños, siempre que sean previsores, la independencia verdad, que tan mermada tienen.

Aunque Alemania labore tenazmente y con éxito para dar al traste con la supremacía naval inglesa, en provecho propio, es indudable que está favoreciendo a otros países, que hasta ahora se encontraban desarmados, lo cual no es óbice para que muchas personas, que se precian de refinada intelectualidad, vuelvan la espalda a los hechos y se dejen alucinar por los engañosos resplandores de la literatura gala y de las libertades inglesas... pero que sólo lo son para los ingleses.

F. LARÍN.

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

De Lemberg a la línea de fuego.—El obús de 15 cm.—El campesino espía.—El cólera del colega

XIX

Deben ser las cuatro de la mañana cuando salimos de Lemberg. Los largos automóviles corren por el camino rápidos y ligeros; parecen monstruos vivientes que se agazaparan sin ruido, acostumbrados a llevar a sus jefes por las regiones que siembran con sus simientes infructuosas de acero las armas enemigas. Sobre nuestras cabezas el cielo es azul. En el horizonte, en cambio, a nuestro frente, colóranlo de rojo vivo los rayos de un sol invisible. Hacia ese punto dirigen sus cabezas husmeantes nuestros autos. Y, como sabemos que vamos a la línea de fuego, figúrasenos el rojo esplendente el fuego candente de la lucha que se desarrolla a lo lejos. Lo sereno y tibio de la atmósfera no basta a contener en alguno de nosotros un estremecimiento de todos los músculos, como el que produce la sensación del frío. Pero poco a poco, extendiéndose el fulgor por todo el firmamento, piérdese la apariencia de fuego y en el cielo se levanta majestuosa su fuente inagotable, inmensamente grande.

Mas allá de Gaje hacemos alto. Aquí se ha instalado el Estado Mayor del 5.º cuerpo del II ejército, en una quinta rodeada de árboles y jardines verdes con el verde opaco del verano. Después de hora y media de camino nos sienta admirablemente un sencillito desayuno a que nos invita y que preside el jefe del Estado Mayor. Nuestro huésped nos entretiene durante el café con una descripción ligera y concisa de la situación actual de ambos ejércitos combatientes. De sus palabras se desprende el contento producido por el éxito de sus esfuerzos pasados y una seguridad en el futuro que serena el espíritu. Con esta preparación bien venida abandonamos luego el acantonamiento del Estado Mayor para dirigirnos al campo de operaciones del regimiento núm. 71 de la 17.ª división del 5.º cuerpo.

A las ocho a. m. atravesamos, todavía a toda velocidad, Przemyślany, sin detenernos. Luego debilitan los automóviles su velocidad paulatinamente. Al fin nos encontramos a unos ocho kms. del frente austriaco. Los coches se detienen. Adelantar es peligroso. Hay que continuar a pie. Evitando los caminos de alguna anchura, y separados los unos de los otros para no llamar la atención de los rusos, nos echamos a andar a campo traviesa, por sobre los terrones secos y compactos de los campos abandonados, por entre los matorrales de plantas incultas y las piedras de los arroyuelos sin agua. Algún cráter de granada, la destruida cubierta de alguna pieza de artillería, las hojas chamuscadas de alguna planta en un seto que sirvió de escondrijo quizás a un grupo de tiradores, y, sobre todo, el fuego intermitente de la artillería rusa nos recuerdan sin cesar que nos encontramos en un campo de operaciones militares y, con ello, el peligro que corremos y la observancia y precaución que debemos guardar.

Al fin de una lenta e incómoda marcha de seis kilómetros alcanzamos la línea donde está emplaza-

da la artillería pesada, a unos dos kms. del frente. A nuestra derecha nos es señalada una batería, para nosotros invisible del todo. Vamos a ella. El capitán, comandante de la batería, no oculta su alegría de recibir visita; pero tampoco su inquietud por el número de los visitantes, que pudieran ser demasiado curiosos y atrevidos. Nos presenta a sus tenientes y jefes de sección. Entre los presentes descuella un jovenzuelo, como de 18 años de edad, delgado, elegante en su porte altanero, de ojos vivos e inquietos. Sin poderse contener rompe a hablar y ofrécnos mostrarnos cuanto tiene: su obús de 15 cms., modelo 99, fijo y seguro, como él dice, cuyos proyectiles no yerran el blanco, siempre que haya rusos en él; la máscara de la pieza, que es una trabazón en forma de techo, para que los aviadores enemigos no la descubran; los lugares de reposo y de trabajo alrededor del aparato metálico, que él ha hecho preparar para comodidad de sus artilleros; el puesto de observación, que es todo su orgullo, porque desde allí apunta estando retirado del obús, cuyo cañón se dirige al cielo sin que, estando a su lado, se pueda ver a dónde va a caer el proyectil por él arrojado. Por su parte, él está muy contento allí. Para él es todo aquello una maniobra, donde hace su práctica de sub-oficial. Viene directamente de la Escuela Militar, donde era cadete. «Y ¿cómo no ha de estar contento, si puede hacer su práctica en la más seria de todas las realidades, sin desperdiciar para ello la pólvora del Estado en salvas, sino aprovechándola en su defensa y para la salud de la patria?».—Ocupo el puesto de observación, y veo, con ayuda del anteojo, el blanco del próximo disparo en las posiciones rusas, un molino de viento en reposo que se destaca obscuro sobre el terreno iluminado por el sol. El obús que, como he dicho, es de 15 centímetros, modelo 99, lleva un tubo rayado de dos m. de longitud, en bronce aceroso, con alma de bronce fundido. El peso del obús es de 2,960 kilogramos. El tiro se verifica con granadas de ecrasita y shrapnels hasta una distancia de 4,000 metros, con granadas hasta 4,500 metros. El conjunto da un aspecto elegante y majestuoso a la vez.

Íbamos a despedirnos, cuando el capitán que nos acompaña nos interrumpe para hablar con el capitán de la batería. Con la mano señala a un campesino quien, con una vaca se mueve paso a paso en la altura contigua. «Ese individuo, dice, es un espía. Desde hace rato que lo vengo observando. Camina en la dirección de la línea de las baterías pesadas, procurando hacerlo más lentamente en los montes, desde los cuales puede ser observado por el enemigo». Y, mientras el capitán envía los soldados a traer al espía, nos cuenta como hay que desconfiar de los campesinos que se quedan en el terreno de la lucha, pues generalmente son gente pagada de antemano. Su descubrimiento no es, por lo demás, muy difícil, pues los métodos que siguen para demostrar las posiciones al adversario son por lo general los mismos y bien conocidos. Ese campesino parece ser ruteno. Lo hubiéramos querido ver y oír; pero no hay tiempo que perder. ¡Adelante!

Agazapándonos, casi en cuatro pies, sin hablar, avanzamos penosamente. Por sobre nuestras cabezas pasan silbando las balas de fusil rusas. Granadas esallan frente a la batería, un poco a la izquierda. Si

el espía les ha logrado dar la situación de las baterías no sería extraño que nosotros llegáramos a sentir la voluptuosidad de una astilla de granada en el cuerpo. Tales pensamientos y el silbar continuado de las balas de fusil, si no matan a nadie, al menos no permanecen sin efecto.

Uno de mis colegas, cuyo nombre me quiero callar, se siente atacado de cólera, quéjase penosamente, está pálido y las piernas le tiemblan al andar a gatas, como si realmente tuviera fiebre. Acuéstase en el suelo y se opone a continuar la marcha hacia adelante. Otro colega que ya conoce esta clase de «cólera» y sabe un remedio eficaz, se acerca al enfermo y con decididos ademanes dirige la siguiente arenga: «Haga lo posible por venir, colega, pues si lo abandonamos aquí, se quedará completamente solo hasta nuestro regreso. Por lo demás, lo más probable es que al volver sigamos otro camino y usted se verá obligado a pernoctar aquí al cielo abierto, aquí donde hay tantos lobos en cuyas mandíbulas no hay cristiano que se salve. Conque usted verá». Y con esto le vuelve la espalda y continúa su marcha. Nosotros hacemos otro tanto. El enfermo también; la receta parece tener buen efecto. Yo no me sé explicar el proceso del medicamento en su efecto curativo; pero me recelo que en el ánimo de mi colega colérico se debe haber desarrollado una comparación minuciosa entre bocas de lobo y balas de fusil. Los quejidos, en todo caso, parecen cesar.

J. C. GUERRERO

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Efectos de la guerra en una aldea neutral

—Oiga V., señor B. ¿Podría V. hacerme un favor?

(El señor B).—Con muchísimo gusto; mándeme V.

—Antes, necesito saber si está V. bien relacionado en el Cuartel General inglés, si tiene V. allí buenas y poderosas amistades.

(El señor B).—Todo es relativo; según de lo que se trate, mi respuesta será afirmativa o negativa. Me extrañan estas preguntas; ¿son serias?

—Y relacionadas con mis intereses pecuniarios.

(El señor B).—Siendo así, cuente V. con mis servicios. Veamos.

—El caso es que han venido a visitarme dos de mis arrendatarios—ya sabe V. que tengo la desgracia de poseer tierras—para pedirme un destacamento de tropas inglesas, con armamento y municiones; se les alojará y atenderá debidamente, y tenga V. la seguridad de que no lo pasaran peor que en las trincheras. Mis arrendatarios están dispuestos incluso a construir campos de foot-ball y casinos y todo lo que sea menester para hacer agradable la vida a sus huéspedes.

(El señor B).—Es V. incorregible, don Subrio. ¿A dónde quiere V. ir a parar?

—Lo digo muy formalmente, y V. lo comprenderá en cuanto me explique. Es el caso que cometí la debilidad, cuando empezó la guerra, de enviar periódicos atrasados a mis colonos, quienes ya no saben pasarse sin ellos y me los piden apenas me des-

cuido en el envío; siguen las peripecias de la guerra con sumo interés y todas las campañas les son familiares; la lectura de periódicos ha llegado a ser para ellos media vida. Pues bien, como buenos campesinos, que saben lo que les conviene y dónde les aprieta el zapato, han deducido de la guerra una enseñanza que a mí no se me había ocurrido, y a eso han venido.

(El señor B).—¿Qué tiene que ver la guerra con el cultivo de los campos? ¿Pretenderán acaso que las granadas les roten las tierras?

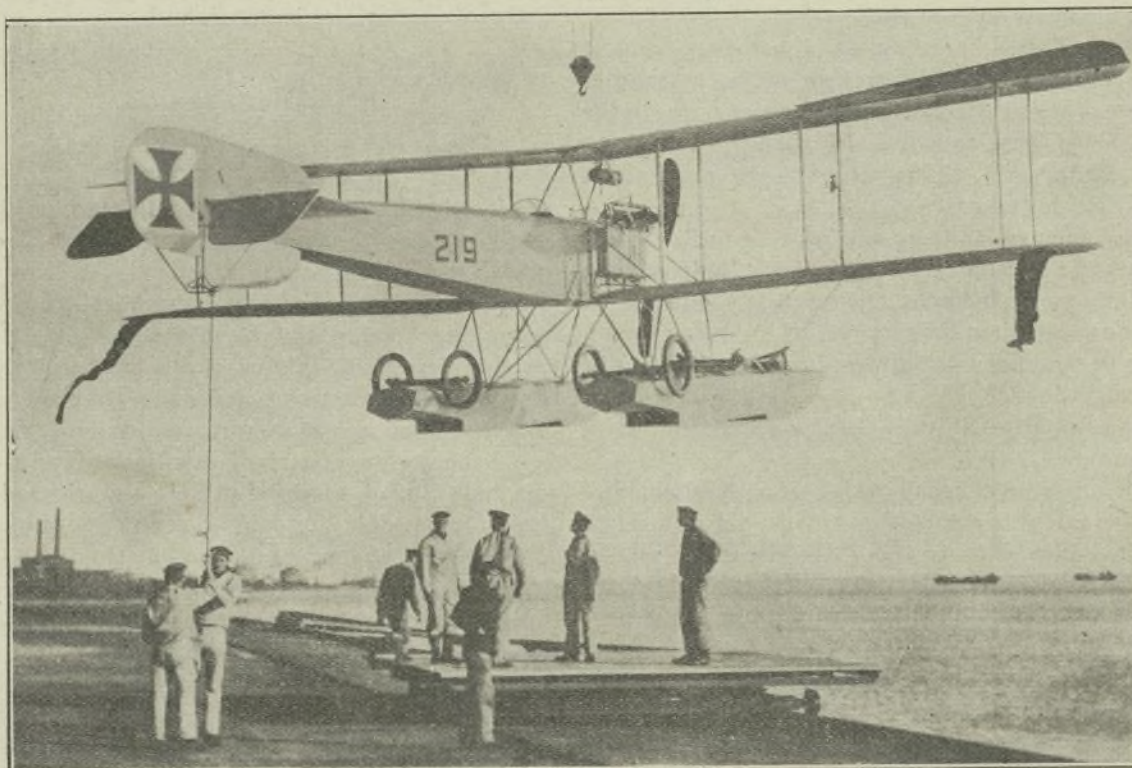
—Nada de eso; la cosa es más sencilla. Se han fijado en que cada vez que los ingleses emprenden una operación empieza a diluviar; así sucedió en Gallipoli, en Mesopotamia, en Flandes y ahora en el Somme; y como la sequía es espantosa y se van a malograr las cosechas, mis hombres se han dicho:

de los periódicos que yo les mando, y el desgraciado solicita de mí un favor, que yo imploro de V., señor A. Se reduce a que V. escriba a *Le Temps* para que el anciano diario parisién le prodigue sus consuelos.

(El señor A).—Por mí puede V. continuar, porque no le hago el menor caso.

(El señor B).—No veo la relación que pueda existir entre *Le Temps* y los infortunios del labriego.

—Mi hombre está maravillado de la habilidad con que el periódico valetudinario lleva la alegría al pueblo francés, y cómo la situación de aquél no es tan desastrosa y desesperada como la de los galos, se ha dicho: puesto que los franceses soportan con alegría sus tribulaciones gracias a *Le Temps*, si éste me dedicara algunos consuelos, creo que me llegaría a considerar afortunado y feliz.



Un hidroplano alemán durante la maniobra de lanzarlo al mar

que vengan unos cuantos ingleses y lloverá a mares, enseguida. ¿Son lerdos?

(El señor B).—¿Con qué era yo quien me quedaba con el pelo del señor A, y quiere V. apoderarse del mío? Es V. demasiado joven para ello.

—Se excusa V., señor B. Comprendo que el favor que yo solicitaba era excesivo. Tiene todavía una segunda parte, para la que necesito el concurso del señor A.

(El señor A).—Eche V. por esa boca cuanto guste; le oiré lo mismo que quien oye llover.

—Mil gracias, señor A, por su exquisita amabilidad. Uno de mis terratenientes es en extremo desgraciado: se le han muerto su mujer y una tía, únicas personas que constituían su familia, y también ha perdido dos bueyes y tres mulas; la langosta y la filoxera le han evitado las molestias de la siega y la vendimia, y, en suma, el pobre hombre está como para colgarse de un árbol. Por dicha, es de la partida de los contertulios que oyen por las noches la lectura

(El señor B).—Señor A: don Subrio ha traído para los dos, para V. y para mí.

—No he concluido. Me queda aún un saco de peticiones, pero si han de ser tan mal acogidas como las dos anteriores, me vuelvo con ellas.

(El señor B).—Nada se pierde con saber de qué se trata.

—Por lo menos V., señor B., no se enfurruña; es V. un gran filósofo. Por muchos años. El hijo de uno de los tales va a cumplir veintiún años y tiene un miedo loco al servicio militar. Ha oído decir que tal vez nosotros tengamos que intervenir en el conflicto, y el pobre no vive. Pensando en cómo podría librarse de empuñar el fusil, desea alistarse en el ejército británico, porque de este modo, dice, tiene la seguridad de que no le mandarán a la guerra.

(El señor A).—¡Parece que tiran a dar, señor B! ¡Vaya una cara que se le ha puesto!

(El señor B).—Cosas de don Subrio. Si no hubiera tenido lugar la batalla del Somme, me expli-

caría sus ironías; ahora, no tienen razón de ser.

—Así lo dicen, sin creerlo, los franceses; pero eso son cosas en que no me entrometo; salden ustedes sus cuentas como mejor estimen. Por lo demás, han de saber ustedes que entre mis *súbditos* figura un hombre díscolo, de ideas avanzadas, de aquellos que quieren imponer con la estaca el pensamiento libre... propio, y el tal solicita que le empleen los ingleses en alguna de esas organizaciones que se han creado para proteger la libertad de irlandeses y griegos. Item más, varias mujeres desean que los partes oficiales rusos se publiquen en forma de folletín encuadernable, con *monos* espantables y títulos retumbantes. Y no faltan jovencitos y chiquillos que desean conocer las odas de Annunzio, dedicadas al Isonzo y al Tirol. ¿No podrían ustedes complacerme?

(El señor B).—¿Ha terminado ya, don Subrio? No es mal disco el que se ha traído V. esta tarde. ¿Le queda algo más en el buche?

—Sí, señor: el organista del lugar tiene mucho interés en recopilar los partes alemanes, porque es hombre al que gusta la música y sostiene que están muy bien puestos en solfa... los aliados.

(El señor A).—Como nosotros les ponemos a ellos. Estamos en paz.

—El médico anda medio loco, estudiando las fracturas de costillas y huesos; como Inglaterra ha movilizado a los médicos de cincuenta y tantos años, espera que soliciten los servicios de los doctores neutrales, pagándoles un estipendio espléndido. ¿Sabe usted algo de eso?

(El señor B).—No creo que le rechazaran si se presentara.

—En cambio el capellán está aterrado y se dedica al manejo de una escopeta de chispa, del tiempo de la visita de los galos, el año 1808, temiendo ser secuestrado y enviado a la línea de fuego, como sus colegas del otro lado del Pirineo. Por más que procuro tranquilizarle, no lo consigo.

(El señor A).—Los capellanes han de ser patriotas ante todo.

—Yo creía que su reino no era de este mundo, y que lo de la pelleja no rezaba con ellos; después he comprendido que la civilización demanda otra cosa.

(El señor A).—No puede hablarse de civilización sin destruir antes la barbarie alemana. Sobre sus ruínas, edificaremos una sociedad perfecta.

—El barbero acude a mí, obstinándose en que le coloque una partida de bacías contemporáneas de Don Quijote, creído de que el Gobierno francés las pagaría a buen precio para cubrir las cabezas de los *Poilus*.

(El señor A).—Valiente majadero debe ser el tal.

—Un anticuario, porque en el pueblo hay toda clase de alimañas, me ofrece dos culebrinas, una bombarda y un pedrero, armas con las cuales cree que serían derrotados los sitiadores de Verdun; se funda, para sostener este juicio, en que los sitiados se valen de armas mucho más antiguas, para demostrar el poderío de su perfecta y completa organización industrial.

(El señor B).—Pues, ¡diga V., que su pueblo es un mosaico!

—Así es. Un fabricante de antigüedades está liquidando a toda prisa sus géneros, persuadido de que esta guerra le arruinará. Su negocio va a malo-

grarse, porque como los franco-ingleses están desenterrando tantas antiguallas...

(El señor B).—¿Todavía quedan más peticiones por exponer?

—Infinitas. Una comisión de gente joven, y por lo tanto de buen humor, desea que yo gestione que la guerra dure muchos años, por lo mucho que gozan y se divierten con las patochadas de ciertos literatos.

(El señor A).—Se está V. poniendo pesado, don Subrio. Acabe de una vez.

—Yo soy más modesto; me contento con poco. Ahora que hace tanto calor y son tan agradables los refrescos, ¿no me podrían proporcionar algunas botellas de ese jarabe que fabrican ustedes y del que tanto consumo hacen?

(El señor A).—Querrá V. decir ron o whisky o vino de Burdeos.

—No, señor, no: jarabe de pico.

SUBRIO ESCÁPULA

EN EL FRENTE DEL SOMME

«La ofensiva franco-inglesa ha llegado, por lo menos en lo que nos atañe, a su segunda fase. Después de la toma por nuestra infantería de las tres líneas de pueblos, de trincheras y de bosquecillos, preliminarmente arrasados y hundidos por la artillería gruesa, después de la captura o la destrucción de sus defensores, nos hemos encontrado en presencia de nuestro objetivo más importante: Peronne. La toma de Biaches y de las cercanías de Barleux, a las puertas de la ciudad, marca el principio glorioso de este segundo período, precedido por una nueva preparación de artillería en los últimos cuatro días.

En los ataques modernos, del género de los del Somme, no hay sorpresa propiamente dicha. Los soldados que hemos apresado en los pueblos destruidos sabían semanas antes que les íbamos a atacar. Durante seis días habían recibido la masa fenomenal de proyectiles que indica claramente el asalto, y mucho tiempo antes sus observadores, en avión y en globo cometa, señalaron cómo los nuestros advertieron los trabajos delante de Verdun, la circulación más activa de trenes, automóviles y los trabajos de instalación de la artillería pesada, pero cuando se comienza a ver todos esos síntomas, es demasiado tarde para detener enteramente el choque. Se ignora la fecha exacta del comienzo y esto no permite un programa completo de preparación. Si se quiere obrar deprisa se hace poco. Si se quiere hacer mucho, se corre el riesgo de no acabarlo a tiempo. O lo que se hace es insuficiente o es incompleto. Una de las olas barre a la otra. Es fatal. Uno de los adversarios ha tomado ascendiente sobre el otro, su artillería barrea el camino a los refuerzos y forma una especie de islote delante del frente enemigo. Éste queda condenado a morir o caer prisionero. El camino para el ataque está libre, pero no lo está para acudir a la defensa. Así cayeron las tres líneas formadas por Frise, Dompierre, Fay, después Feuillères, Herbécourt, Assevillers, Estrées, y por fin Buscourt, Flaucourt y Belloy del 1 al 3 de julio.

Llegamos así, como los alemanes llegaron cada

vez en sus asaltos sucesivos ante Verdun, al límite extremo del alcance de nuestros cañones. En este momento nuestra infantería victoriosa debió de abrigarse a su vez, rechazar los contraataques que ya podían desembocar libremente, porque el terreno de enfrente no está suficientemente barrido por nuestra artillería, y esperar la nueva preparación de nuestras piezas, que iban a avanzar.

Así se explica el reposo aparente, sin avance, del 3 al 7 de julio, los contraataques alemanes infructuosos sobre Belloy y Estrées, mientras nuestra artillería pesada se acercaba y batía de nuevo y más adelante la meseta, y por fin el día 8 se reanudó la marcha de la infantería con la conquista de Biaches y Barleux, los dos últimos baluartes de Peronne. La facilidad, la rapidez con que se ha podido esta vez efectuar esta conquista, marcan una nueva fecha para nuestra historia de la guerra en este frente.

Aquí es donde interviene uno de los factores dominantes del valor de las piezas pesadas: su movilidad. Ella es la que conserva al asaltante todo el beneficio de su avance en preparación material.

Nuestra punta reciente al S., sobre Estrées, ha hecho caer igualmente bajo el fuego de nuestros cañones la vía doble de Peronne a Roye, y su enlace en Chaulnes con la prolongación de Laon-Tergnier. El ejército alemán, cogido entre nuestras líneas avanzadas ocupa además una posición estratégica de las más difíciles, y combate teniendo a su espalda el doble difícil foso del Somme y del canal a través del cual debe efectuar su retirada si nuestras tropas avanzan más. Empresa muy peligrosa. Parece que el comandante alemán lo ha comprendido y lo teme, porque hace cinco días que todos los contraataques proceden del S., es decir, por el istmo detrás del cual el enemigo tiene el terreno libre, con las carreteras de Roye, Ham y los puentes de Brie y de Saint-Christ sobre el río. De otra parte, a causa de nuestro enlace con el ejército inglés, y a consecuencia de la necesidad de que nuestro avance no tome la forma de un saliente demasiado pronunciado hacia el Este, y atacado por tres lados, nuestra última presión se ejerce principalmente por el N., donde hemos tomado sucesivamente la granja de Sormont, Hardecourt, Biaches, a 1.500 metros del arrabal de París, hacia Peronne y los alrededores de Barleux. La batalla entablada delante de Peronne gira en este momento a los lados de la ciudad, y es una maniobra demasiado clásica para que sea necesario subrayarla. Empujamos sobre todo por el N., y el enemigo resiste sobre todo en el Sur.

No hay tal vez ningún punto del frente en que nuestra red de ferrocarriles esté mejor trazada. De Amiens parten las dos líneas de doble vía de Albert y de Rosières. Amiens está en relación con París por dos líneas de mucho rendimiento. Finalmente, las dos grandes líneas de Calais, Boulogne, Amiens y Ruán Abancourt-Amiens, unen directamente el ejército inglés con sus bases. Una admirable red de carreteras completa las vías férreas, y en la larga carretera de Lamotte-en-Santerre, donde Boillot ganó en 1912 el circuito, he visto desfilar autos-ametralladoras y autos-cañones, entre innumerables camiones de abastecimiento. Es un sistema de guerra al que no estábamos acostumbrados. Poseemos, pues,

poderosos medios de acción para llevar al terreno rápidamente los hombres y la artillería necesarios.

He dicho ya el buen concepto que me merece nuestra organización material. «Esta guerra es únicamente, primero, una guerra de material—me decía ayer uno de los oficiales que volvían de Flaucourt.—No quiero decir que estén de más la estrategia y la táctica, lejos de eso, pero sin el material suficiente ni la estrategia, ni la táctica, ni la bravura, ni el heroísmo, sirven para nada. Os entregamos nuestras vidas. Dadnos, pues, algo que haga útil nuestro sacrificio».

A pesar del mal tiempo, la conducta del soldado es espléndida. Desde el momento que se avanza se le puede pedir todo y, a igualdad de armas, son capaces de emprenderlo todo y vencer. La principal cualidad de las tropas alemanas me parece que es la potencia de trabajo. ¡Cómo remueven la tierra! ¡Qué constructores de trincheras! Los prisioneros parecen todos obreros de la tierra. Se ha dicho de la Guardia, que acaba de sufrir pérdidas crueles en Contalmaison, contra los ingleses, que no era más que una colección de uniformes. Los prisioneros que hemos visto parecían, con sus uniformes grises destrozados, llenos de barro, sus cabezas rapadas y sus gorros, forzados de la tierra. En estas condiciones estratégicas, materiales y morales, se libra la batalla alrededor de Peronne. La gloriosa ciudad, llamada Peronne la Doncella, que fué condecorada en 1913 con la legión de honor por su hermosa defensa en 1870, va a vivir páginas sublimes de la gran guerra. Un heroico estremecimiento de esperanza y de firme voluntad hará, a su alrededor, saltar el suelo francés.»

GEORGES PRADE

(De *Le Journal*)

BÉLGICA Y SERBIA

El último triunfo del pueblo serbio

En estos días sucede con frecuencia que, volviendo las miradas hacia el Balkán, ocurra al espíritu una comparación entre Serbia y Bélgica. Serbia sirviendo a Rusia de pretexto para empuñar las armas, Bélgica a Inglaterra. La protección de los débiles contra la barbarie y el abuso de la fuerza proclamada en ambos casos y, luego, el abandono de los débiles en ambos casos, cuando éstos llegaron a tal grado de debilidad que no podían servir a las intenciones meramente egoístas de los nuevos Quijotes de la Europa. En 1914 vimos la Bélgica invadida y vimos atravesar el canal hacia Amberes algunas formaciones de soldados de marina insuficientes y demasiado tarde para ofrecer una garantía firme a la veracidad de los conceptos aseverados por sus señores.

Un año y más ha transcurrido desde aquel entonces y ahora vemos en los Balkanes a un pueblo noble luchar con energías sobrehumanas, que vuelve sus miradas solicitantes hacia las tres grandes potencias que lo aguijonearon a la lucha... y lo vemos abandonado a sus propias fuerzas insuficientes. Ya que ayudarlo no tiene gran interés para sus «protec-

tores» y aliados, dado el cariz que los acontecimientos han tomado.

Pero esta comparación no pasa de ser superficial porque es externa. La conmiseración que despierta aún en sus vencedores la suerte de Serbia, tiene su base en la consideración del papel de este pueblo, en las razones de sus luchas. Comparado con Bélgica se descubre el abismo entre ambos casos.

El pueblo belga fué llevado a la lucha por sus políticos y regentes en un mal cálculo de las probabilidades de éxito, sin que la existencia, soberanía o integridad de la nación peligraran en lo más mínimo. El pueblo del rey Pedro ofrece su existencia física y material por conquistar y sostener su existencia política, su libertad y su soberanía, los tres más

hay en la tierra lugar para sus reales, en los espíritus ha conquistado ya el derecho a la vida imperecedera.

J. C. G.

LAS AMETRALLADORAS ALEMANAS EN LA BATALLA DEL SOMME

Un periódico inglés ha publicado interesantes detalles de la batalla del Somme, debidos a los heridos recientemente desembarcados en Inglaterra. La preocupación de los oficiales la constituían las ametralladoras alemanas, como podrá verse por lo que sigue.



Transporte de una pieza de artillería austriaca en los Alpes del Tirol

grandes valores porque es dado a una sociedad humana derramar la sangre de sus hijos.

Y lo hace lleno de soberbia y de energía fiera, con la lealtad de los valientes, con la serenidad del defensor de sus derechos. Retrocediendo ante el invasor ese pueblo es grande, vencido y derrotado en el campo de batalla; el ejército es victorioso y ciñe con orgullo los laureles del triunfo, porque quien perece en esa lucha—sea hombre o pueblo—ha conquistado el más bello y el más sagrado de los triunfos; la victoria de la idea sobre la materia.

Es muy posible que consideraciones de orden político aconsejen a las potencias centrales, cuando triunfen, borrar de la carta de Europa la nación serbia. De los espíritus de los hombres no lo harán, porque no pueden. El pueblo serbio vivirá toda la eternidad en la memoria de los mortales; que si no

«En el frente donde me encontraba, al norte mismo de Albert, el enemigo sostuvo un lento tiro de ametralladoras en la media hora que precedió inmediatamente a nuestro asalto, bajo el fuego de nuestra artillería. Esto ocurría cuando habíamos conquistado las trincheras de primera línea y atacábamos sus apoyos y comunicaciones. Me impresionó grandemente el fuego lento y de seguimiento que hacían las ametralladoras alemanas. Sin duda sabía el adversario lo que nos proponíamos, de modo que apenas se desvaneció en el aire el humo de nuestras granadas y aparecimos encima de los parapetos, comenzaron a tronar las ametralladoras, que les prestaron a los alemanes inapreciables servicios. Ellas fueron, y no su infantería, las que detuvieron el empuje de nuestra tropa.

«En mi vida he visto un espectáculo más admi-

nable que el de nuestros soldados que marchaban cantando en sucesivas oleadas bajo aquella lluvia de plomo. Cuantas más bajas se les hacían, más altos resonaban sus cantos y aclamaciones y con más ímpetu marchaban adelante. Todos los oficiales están unánimes en que no había necesidad de animar a los soldados, sino más bien de refrenar su entusiasmo y evitar que se expusieran inutilmente. Era imposible derrotarles, y lo único que cabía era matarles.

«Contra nosotros—dijo un oficial de la brigada de tiradores—abrieron el fuego de ametralladoras diez minutos antes del ataque. Oí el clack, clack, pese al estruendo de la artillería, y estoy seguro que si los alemanes no hubieran tenido ametralladoras, no hubiesen podido contener nuestro empuje. Las

guardia del enemigo; entonces fué cuando los alemanes pusieron sus ametralladoras en la línea. Cuando yo penetré en la línea alemana, debajo de Mametz, me dirigí en línea recta hacia el emplazamiento de la ametralladora. La trinchera estaba arrasada, pero partiendo de la línea avanzada había un túnel que conducía a un amplio abrigo, lo menos seis metros por debajo de tierra, y espléndidamente dispuesto y protegido. Allí se encontraba la ametralladora y sus sirvientes. Desde allí, hacia el frente, una escalera conducía a un pequeño puesto, fuera del parapeto, magníficamente elegido. Cabían en él la pieza y uno o dos sirvientes. El túnel les permitía comunicarse sin peligro y ocupar el puesto en el momento deseado. Cuando la artillería comenzó a batir aquella po-



Artillería de montaña austro-húngara en el Tirol

ametralladoras fueron el hecho capital de la jornada, y por este motivo hemos tenido tantos heridos leves.

«Estoy de acuerdo con esta opinión—exclamó un capitán ya entrado en años—porque las ametralladoras fueron la única salvación del enemigo. Pero fué admirable que nuestros soldados no les prestasen atención, y les hicieran menos caso que si se tratara de una lluvia torrencial.

«Lo que yo no comprendo—interrumpió un segundo teniente que había estado mandando tres compañías hasta las diez de la noche, es como las ametralladoras pudieron conservarse indemnes a pesar del violento fuego de nuestra artillería.

«Yo se lo diré a V.—repuso un oficial de escoceses—; la última parte de nuestra preparación de artillería se dirigió contra las comunicaciones y reta-

sión, la ametralladora y los sirvientes se refugiaron en el abrigo enterrado, donde ningún proyectil humano podía dañarles.

«No hay duda que son muy inteligentes, pero sus días están contados. Compare V. la presente batalla con lo que acontecía hace un año. Ahora, cada cual sabía lo que había de hacer y cómo hemos adelantado mucho en todos conceptos. Mi creencia es que no podrán detenernos, y en cuanto a los hombres—sí, la Guardia prusiana es excelente, lo admito, pero nuestra gente vale más. No afirmaré que el término medio de nuestros soldados sea mejor que lo mejor suyo, pero que los mejores nuestros superan a los mejores suyos, sí.»

LA CAMPAÑA NAVAL

BUQUES MERCANTES ALIADOS Y NEUTRALES
perdidos desde el 4 de agosto de 1914 al 4 de agosto de 1916

N.º	Nombre del buque	Tonels.	Fecha	Sitio	Modo	Nacionalidad	Observaciones
31	Craighorth	2.900	» 14	Pacífico	Cañón	Inglés	Dresden 4
32	Van Dyk	10.328	» —	—	—	—	Karlsruhe 1
33	Indrant	5.706	» —	—	—	—	— 2
34	Highland Hope	5.150	» —	—	—	—	— 3
35	Niceto	3.018	» —	—	—	—	— 4
36	Bowes Castle	4.650	» —	—	—	—	— 5
37	Cervantes	4.635	» —	—	—	—	— 6
38	Pruth	4.408	» —	—	—	—	— 7
39	Farm	4.395	» —	—	—	—	— 8
40	Sara Throy	4.338	» —	—	—	—	— 9
41	María	4.018	» —	—	—	—	— 10
42	Río Ignazú	3.717	» —	—	—	—	— 11
43	Cornish City	3.816	» —	—	—	—	— 12
44	Lyonrowan	3.384	» —	—	—	—	— 13
45	Condor	3.053	» —	—	—	—	— 14
46	Clanton	3.024	» —	—	—	—	— 15
47	Hurstdale	2.752	» —	—	—	—	— 16
48	Maple Branch	4.338	» —	—	—	—	— 17
49	Hamilton	3.592	» —	Atlántico	—	—	Cruc. aux. 1
50	Charcas	5.067	» —	—	—	—	— 2
51	Nyanta	3.066	» —	—	—	—	— 3
52	Indian Prince	2.846	» —	—	—	—	— 4
53	Kaipara	7.392	» —	—	—	—	— 5
54	La Corretina	3.529	» —	—	—	—	— 6
55	Tongario	8.073	» —	—	—	—	— 7
56	Bellevue	3.814	» —	—	—	—	— 8
57	Manchester	5.363	» —	M. Norte	Mina	—	—
58	Otawa	5.071	» —	—	—	—	—
59	Ceylán	4.094	» —	—	—	—	—
60	Tritonia	4.272	» —	—	—	—	—
61	Queen Mary	3.564	» —	—	—	—	—
62	Ardmount	3.510	» —	—	—	—	—
63	Harthoum	3.020	» —	—	—	—	—
64	Maryland	2.861	» —	—	—	—	—
65	Elfridra	2.624	» —	—	—	—	—
66	Selby	2.137	» —	—	—	—	—
67	Runo	1.654	» —	—	—	—	—
68	Andrómeda	1.928	» —	—	—	—	—
69	Torquay	1.528	» —	—	—	—	—
70	Dawson	1.310	» —	—	—	—	—
71	Princess Olga	998	» —	—	—	—	—
72	Cormoran	744	» —	—	—	—	—
73	Primo	1.366	» —	—	Torpedo	—	—
74	Borowdale	1.093	» —	—	—	—	—
75	Ikaria	4.335	» —	—	—	—	—
76	Ben Cruachen	3.200	22 Enero 15	Havre	—	—	—
77	Tokomaru	6.178	» —	—	—	Japonés	—
78	Malachite	720	» —	»	—	Inglés	—
79	Durward	1.300	» —	»	—	—	—
80	Liuda Blanche	455	30 Enero 15	M. Irlanda	—	Francés	—
81	Glenaru Head	3.900	» —	»	—	Inglés	—
82	Glitra	866	» —	»	—	—	—
83	Amiral Ponty	5.571	» —	M. Norte	—	Francés	—
84	Australia	4.773	» —	»	Desapareci-	Inglés	—
85	Miseria	4.700	» —	»	[do]	—	—
86	Dolhain	4.662	» —	»	—	—	—
87	Demes	4.502	» —	»	—	—	—
88	Rohr	3.500	» —	»	—	—	—
89	Princess Beatrice	1.290	» —	»	—	—	—
90	Orlando	276	» —	»	—	—	—
91	Whiby Abbey	1.183	» —	»	—	—	—
92	Drumoak	208	» —	»	—	—	—
93	Garmo	203	» —	»	—	—	—
94	Night Hawk	200	» —	»	—	—	—
95	Lusdell	200	» —	»	—	—	—
96	Cyrle	200	» —	»	—	—	—
97	Grahte	200	» —	»	—	—	—
98	Dulwich	3.289	18 Fbro. 15	»	Torpedo	—	—
99	Cambank	3.112	20 —	Anglesey	—	—	—
100	Devonshire	337	» —	»	—	—	—
101	Branksome Chine	2.026	25 Fbro. 15	Beachy Head	— ?	—	—
102	Maggie Baratt	107	» —	I. de Man	Desapareci	Francés	—
103	Membland	3.027	18 Fbro. 15	Hull	[do]	Inglés	—
104	Oakby	1.976	24 —	Canal	Torpedo	—	—
105	Río Paraná	4.182	25 —	Beachy Head	—	Argentino ?	—
106	Clan McNaughton	4.985	» —	»	Desapareci-	Inglés	—
107	Harpalion	5.800	» —	»	Torpedo [do]	—	—

(Continuará)

LAS SUBSISTENCIAS EN INGLATERRA

La prensa inglesa se lamenta del encarecimiento de las subsistencias en aquel país; algunos artículos han triplicado de precio, y el alza es por término medio del 200 por 100. Siguiendo el ejemplo dado por los ministros, los periódicos encarecen la necesidad de hacer economías y abstenerse de gastos superfluos, sobre todo en materia de alimentación, porque es evidente que cuanto más consumo se haga de ciertos comestibles—carne, pescado, jamón, manteca—tanto más se elevarán sus precios. Pero no basta, dicen, que las familias hagan economías y la sobriedad impere en las mesas privadas, si en los establecimientos públicos se prodigan como de costumbre los excesos gastronómicos; y, por desgracia, en los grandes hoteles, restaurantes, cafés de las principales poblaciones, y en las playas de moda, se sirven las mesas con verdadera esplendidez y lujo. Con este ejemplo ¿qué han de hacer los particulares, sino dejarse llevar por la corriente? Indignado ante este espectáculo, un periódico saca a la vergüenza pública a un afamado hotel, que, en estos tiempos de penuria y guerra, tuvo la osadía de hinchar la lista de los platos que sirve. Hé aquí los que figuraban en la lista de uno de los últimos días de junio.

Almuerzo

Consommé paysanne
Oeufs brouillés aux rognons
Vol-au-vent Toulouse
Epaule de Mouton boulangère
Choux printaniers
Abricots prince de Gales

Comida

Hors d'oeuvres variés
Consommé Yrma
Crème Jussienne
Saumon sauce Chablis
Blanchailles
Filet piqué a la Rachel
Haricots vers
Pommes nouvelles a la Menthe
Poulet de grain rôti au cresson
Salade de laitue
Biscuit Napolitaine
Petits fours
Dessert

Realmente, las subsistencias se habrán encarecido en Inglaterra, pero no puede negarse que los estómagos de las personas adineradas no echarán de menos el recreo gastronómico del tiempo de paz.

CRÓNICA MILITAR

I. Verdun y el Somme.—II. La iniciativa y el desgaste.—III. Las batallas en el Somme.—IV. La situación el 21 de julio

I. Verdun y el Somme

La ofensiva francesa en el Somme no ha paralizado la acción alemana contra Verdun. Ello era de esperar, porque se había afirmado la superioridad de los medios de ataque sobre los de defensa, en la famosa fortaleza del N. E., y por el deseo de conservar un pedazo más o menos chico de territorio, sin valor estratégico, no iban los alemanes a desistir del logro de un objetivo de primer orden. Porque Verdun y el Somme están en casos diferentes, heterogéneos.

Si a consecuencia de ataques tenaces y persistentes, el frente alemán retrocede en toda su extensión—y no como en el Somme, en un reducido sector—quince, veinte o treinta kilómetros, ni podrá hablarse de la derrota de Alemania, ni siquiera los aliados estarán en el camino de la victoria. Habrá que saber primero, el número de bajas que les ha costado la conquista del terreno, pues tales pueden ser que, al cabo de dos o tres ofensivas, se agoten sus fuerzas; será menester también tener en cuenta la cantidad de proyectiles consumida y el tiempo que se ha invertido en su fabricación; de éste dato depende el que los ataques menudeen o tengan lugar a largos intervalos, que se prolonguen semanas y semanas o que sean de rápida duración. Si después de una ofensiva afortunada sobreviene una calma, el defensor organiza nuevas posiciones atrincheradas, acopia elementos, distribuye sus reservas, y el empuje siguiente resulta tan costoso como el primero. Esto

es lo que aconteció en las batallas de Champagne y Artois y ahora en la del Somme. No se concibe que por tales procedimientos, que obligan a consumir en pocos días lo que el país ha producido en largos meses y que llevan consigo un enorme derramamiento de sangre, sean expulsados los alemanes de Francia y Bélgica; antes de llegar a la mitad del camino habría perecido el último soldado de los aliados.

Para que la expulsión de los alemanes del suelo invadido conduzca a la victoria de Francia e Inglaterra, sería necesaria una verdadera y completa ruptura del frente, que permitiera refir después una batalla de maniobra, de la que salieran derrotadas las fuerzas principales del adversario; y por ahora no se advierte probabilidad de esta ruptura, con cuya posibilidad hay que contar siempre.

Volviendo la vista al campo alemán, llegaremos a la misma consecuencia. Una victoria inmediata, por la acción de las armas, sólo se obtendría penetrando en forma de cuña entre el ejército francés y el inglés, y batiendo a éste y arrojándolo a la costa. Pero si las líneas alemanas son difíciles de romper, no lo son menos las aliadas.

De consiguiente, el avance de los franco-ingleses en el Somme no puede decirse que apresure la terminación de la guerra. Éxitos, a tanta costa conseguidos, son armas de dos filos, que a la par que ponen al vencedor en posesión de algunos kilómetros cuadrados de terreno, le restan fuerzas para oponerse a un empuje imprevisto. No es difícil calcular en

efecto, de un modo aproximado, y de seguro cada beligerante posee datos fidedignos de su adversario a este respecto, la cantidad de municiones y elementos de guerra que se fabrica en un tiempo dado y la que se consume en cada ofensiva. Si ésta se interrumpe antes de haberse agotado la reserva, en previsión de un contraataque, los resultados son nímios y no modifican la situación general; mientras que si se persevera en el esfuerzo, puede llegar un momento en que el atacante quede temporalmente desarmado, y entonces se presenta una ocasión favorabilísima para la reacción del defensor. Esto lo saben los franceses, y de aquí las pausas que siguen a cada avance, pero, vuelvo a repetirlo, no es al fin de este camino donde se encuentra la victoria indiscutible.

Verdun está en otro caso. Aparte de su importancia y valor estratégicos, marca el vértice de la línea francesa, ya atravesada desde que los alemanes se aseguraron el paso del Mosa, en Saint Mihiel. Allí, no se disputa por la presión de terreno, sino por la mejor plaza fuerte de Francia, la que desempeñó un papel más preponderante en el primer período de la guerra, y la que señala el camino de París. De modo, que así como en el Somme no han conquistado ningún punto estratégico los aliados, ni lo lograrán aunque avancen veinte o treinta kilómetros más, Verdun tiene una importancia de primer orden por sí misma, independientemente de la derrota que pueden sufrir los franceses si tienen que evacuar la fortaleza. Tenía, y aún conserva en parte, Verdun otro interés, el supremo: la opinión pública de Francia ha hecho depender la decisión de la guerra de la conservación de Verdun; ha atribuido a la plaza todavía mayor importancia de la que realmente tiene y ha visto en ella la coronación del poderío militar de la República. Dije ya cuán equivocado era este juicio y las deplorables consecuencias que podría acarrear a los franceses.

Las batallas en el Somme han venido a modificar este estado de cosas. El ánimo francés estaba deprimido por la lucha en Verdun, donde los alemanes iban avanzando metódicamente; aquellos combates no dejaban de ser una prueba de la impotencia del defensor; y la opinión clamaba por un reactivo, por un desquite, por algo que demostrara que no estaban tan decaídas las fuerzas de Francia. Este desquite se lo han proporcionado los éxitos en el Somme. La preocupación pública ya no está pendiente de lo que acontece en Verdun, sino que se comparte con los sucesos del Somme; un sentimiento de alivio se ha extendido de N. a S. y del E. al O., y si por fin cae Verdun, la impresión que este hecho despertará en Francia será mucho menor de lo que fuera hace un mes.

En este concepto, aunque la batalla en el Somme tenga algo de los triunfos de Pirro, es de elogiar la ofensiva franco-británica, porque ha levantado al espíritu público de la nación vecina: aspecto interesantísimo, toda vez que está fuera de duda que ninguno de los beligerantes confía en la completa destrucción militar de su adversario, y cada cual endereza la acción de sus armas a obrar sobre la opinión del pueblo enemigo. Ha de concluirse, pues, que los combates en el Somme han restado no pequeña parte de los resultados que se proponían obtener los alemanes con la toma de Verdun.

Posible es siempre que, coincidiendo con la última fase del sitio, los alemanes intenten un grande esfuerzo, en la orilla izquierda del Mosa y por Saint Mihiel, para maniobrar y destrozar al ejército francés, buscando una victoria que devolvería a la guerra su movilidad, tanto tiempo perdida. Pero como esta maniobra requiere fuerzas considerables, y de seguro han sido enviadas reservas al Somme, la masa disponible disminuye por momentos. Además, ha transcurrido tanto tiempo desde que se inició el ataque a Verdun, que los franceses habrán atrincherado la zona de retaguardia, y aunque la plaza caiga, el efecto no será de ruptura, sino de contracción del frente.

De esta suerte, los cañonazos disparados delante de Combles y Peronne repercuten en Verdun, y los sucesos que se desarrollan en el Somme no han de ser considerados con independencia de los que ocurren en el otro extremo de la línea. Independientemente de sus consecuencias locales, escasas, la batalla del Somme tiene interés real, porque cuando menos, rebaja los éxitos que los alemanes se prometían en Verdun. Ahora lo que todavía no se sabe es si el derroche de energías que están prodigando los franceses, les pondrá en mala situación más adelante, cuando llegue un momento favorable a los alemanes.

II.—La iniciativa y el desgaste

Se está debatiendo estos días la cuestión de la iniciativa, que del bando de los imperiales parece haberse trasladado al de los aliados. Que la ejercitan los rusos, es indudable, como lo es también que ha desertado del teatro austro-italiano, donde los beligerantes entretienen la guerra, persuadidos de que la decisión ha de brotar en otra parte. En el frente occidental, a la iniciativa alemana, que se mantiene, en Verdun, han respondido los aliados con la ofensiva en el Somme.

Comparando el cuadro que ofrece en estos momentos la guerra con el que presentaba en iguales días del año pasado, el cambio, a primera vista, es grande. Alternaban los ataques emprendidos por uno y otro bando, en el frente occidental; pugnaban en vano los italianos por abrirse paso en el Isonzo, mientras que en el E. los rusos sufrían tremendos descalabros y se precipitaban los acontecimientos. El ejército austro-alemán desplegaba todo el empuje de que era capaz, y nadie se lanzaba, en el Oeste y en el Sur, a un esfuerzo enérgico que aliviara la terrible presión de que eran objeto los rusos.

Ahora, la marcha de la guerra ha cambiado. Después de veintitrés meses de preparación, los ingleses se han decidido a un ataque formal; de su aparente flaqueza, han obtenido los franceses energías para luchar brillantemente en el Somme y los rusos va para dos meses que no cejan en su formidable empuje desde los pantanos de Rokitno o del Pripiet hasta las faldas de los Cárpatos. ¿Por ventura están agotados los imperiales? De aquella plétora de fuerzas que les permitió arrollar a los rusos y barrer a los serbios y montenegrinos ¿no les quedan más que las indispensables para sostenerse medianamente a la defensiva? ¿Que se han hecho el millón de reclutas austro-alemanes del nuevo reemplazo, sin contar las reservas que existían? La situación está preñada de

misterios, y aquellas personas que se dejan guiar por las primeras impresiones no vacilan en vaticinar el inmediato derrumbamiento de la máquina militar de los imperiales, que comienza a desguarnecerse por dentro y sólo presenta una imponente fachada, todavía aparatosa.

Esta guerra, que no se parece a ninguna de la historia, no puede ni debe ser juzgada desde un punto de vista exclusivamente profesional. Los progresos de la civilización y la participación de los pueblos en el gobierno de sus países, han engrandecido el

naría una o dos provincias más, pero no se declararía vencido? Cuanto más se internaran en Rusia, más se complicaría el difícil problema de los abastecimientos, y más tropas les serían necesarias para guardar sus nuevas conquistas, que habrían de restituir a su dueño al firmarse la paz. No quiere decir esto que Alemania haya abandonado definitivamente el pensamiento de una vigorosa ofensiva en Rusia; sencillamente es que antes quiere convencer a su adversario de la inutilidad del esfuerzo de éste por recuperar el territorio perdido, y cuando esta



S. E. Hakki-Bajá y S. E. Rizov (a la derecha), embajadores de Turquía y Bulgaria, en Berlín

cuadro, que de una lucha entre ejércitos ha pasado a ser una lucha entre pueblos; de esta suerte, mientras que antes la guerra se decidía en una batalla, porque uno de los ejércitos quedaba fuera de combate, ahora es menester derrotar, abatir el espíritu y la voluntad de todo un pueblo. Desde este punto de vista es cómo deben de apreciarse las operaciones que están en curso de ejecución.

Concretándonos al caso de los alemanes, que es el más interesante; ¿qué utilidad reportarían de una concentración de fuerzas en el frente ruso, si la experiencia les ha enseñado que el enemigo abando-

creencia haya arraigado en el pueblo y en las tropas es cuando tendrá probabilidades de resultado eficaz un nuevo ataque alemán. Se trata de vencer al espíritu ruso y no de adueñarse de más plazas fuertes y coger más prisioneros; ello se consigue con menos desgaste de energías y más seguridad, permaneciendo a la defensiva.

En el frente occidental acontece lo mismo. En él lo que se persigue es que Francia pierda la confianza en el auxilio de Inglaterra. Si los generales alemanes son tan afortunados que, mientras machacan a los franceses en Verdun, reducen a un mínimo los

éxitos de los ingleses en el O., se tendrá no poco adelantado para que los dos principales beligerantes se muestren más conciliadores.

La condición de invasora de que goza Alemania la pone en excelente disposición para hacer esta guerra, que ahora es cuando propiamente debe de llamarse de desgaste. El invasor, mientras retenga todas o las más de las provincias ocupadas, no ha de sentir prisa porque acabe la guerra; su atención preferente ha de dedicarse a preparar reservas suficientes, para el caso de que el enemigo obtenga una ventaja de consideración. El invadido, en cambio, está sometido a la impaciencia, no puede dominar sus nervios, sabe que la victoria es imposible mientras el enemigo esté en su territorio, y pide ofensivas, ataques, que le liberten del yugo que le oprime. Cada ofensiva es una debilitación para el que la emprenda, en vidas y material, de suerte que puede ocurrir que cuantos más esfuerzos se hagan por romper las cadenas, más se aprieten éstas, por sufrir menos quebranto el invasor que el invadido.

Si la guerra de desgaste, que ha servido para escribir muchos millares de páginas, tuviera un fundamento lógico y real, ni rusos, ni franceses, ni ingleses consumirían sus energías en ataques; les bastaría esperar, toda vez que se encontrarían en posesión del secreto de la victoria, obtenida por un procedimiento sencillo y que no les obliga a grandes hechos. Pero, no: el método del desgaste, quienes lo están aplicando son los alemanes.

Ellos no sienten prisa porque varíe la situación, y esperan arma al brazo. Su pugna en Verdun tiene más de automático que de guerrero: han reunido allí muchos centenares de piezas y van pulverizando las defensas enemigas, ocupándolas cuando son insostenibles. Por lo que se está viendo, Alemania se encuentra bien hallada, luego de establecerse en Rusia, Bélgica y Francia; no les acontece lo mismo a sus adversarios, que hacen lo indecible por salir de esa condición de inferioridad; y cuanto más lo intentan, tanto más se debilitan, sin lograr dañar en igual grado al invasor. Por consiguiente, si hasta el fin del año 1915 Alemania persiguió una decisión por la exclusiva acción militar, ahora fía el éxito al tiempo; mientras que quienes pretendían tener este valioso instrumento a su favor, se obstinan en hacer uso de lo que llaman iniciativa.

Es tarde, empero. Los frentes han sido tan sólidamente organizados y son maestros tan insuperables los alemanes en su defensa, que las consecuencias de la iniciativa de sus adversarios no consiguen alterar la situación; ceden las líneas y se flexan en unos lugares y retroceden en otros, pero al término de la jornada se encuentra el atacante con que las bajas que ha tenido y el gasto de municiones consumidas, son un precio demasiado caro por la adquisición de una faja de terreno. Sin contar con que, apenas disparado el último cañonazo, comienza el contraataque alemán, parcial y de detalle, que a menudo anula los éxitos del enemigo. En los presentes momentos, la voz iniciativa no tiene el alcance que tuvo hasta diciembre de 1915; significa sólo que quien la ejercita es el primero en atacar, sin que las consecuencias de la batalla sean capaces de impulsar la guerra hacia su período final.

Compárense los resultados de la actual ofensiva

rusa con los dos primeros meses de la campaña austro-alemana, en la primavera del pasado año. El general Brusilov ha ocupado por tercera vez la Bukovina y ha adelantado su frente hasta el Stojod, pero el resto de la línea austro-alemana parece no haberse enterado de este retroceso. En 1915, todo el ejército ruso fué deshecho, empujado de un lado a otro, desconcertado y cayeron las fortalezas como castillos de naipes; fué porque detrás de la iniciativa venía la maniobra, y ahora la iniciativa no tiene otra forma que la de un ataque frontal, preparado con masas de antelación; cuanto más fuerte y tenaz es el ataque, más se aleja el siguiente.

Lo que les está ocurriendo a rusos y franco-ingleses les sucedería en mayor ó menor grado a los alemanes; éste es otro de los motivos de su actitud expectante. Convencidos como están de que la ruptura seguida de la maniobra solo tendrá probabilidades de éxito cuando las fuerzas del adversario estén próximas a agotarse, esperan con paciencia que llegue este momento. La idea no es suya, porque se les ocurrió antes a los aliados. Si ambos adversarios, pues, están imbuídos del mismo pensamiento, lógico es deducir que los que primero abandonan su aplicación son los más necesitados de reducir la duración de la guerra. Ni en hipótesis cabe hablar de agotamiento de ninguno de los beligerantes, hoy por hoy.

III.—Las batallas en el Somme

Al cabo de tres semanas de haber comenzado la ofensiva anglo-francesa en el Somme, la situación se presenta ya bastante clara para poderla examinar en sus líneas generales. Como en Flandes, Artois, Champagne y Verdun, los grandes calibres arrasaron y descompusieron las líneas fortificadas del adversario, cortaron la comunicación entre las posiciones avanzadas y las de retaguardia, donde se iban reuniendo las reservas, y limpiaron de alambradas y demás defensas accesorias los sectores de ataque. Terminada esta labor preliminar, la infantería emprendió el ataque y se apoderó de las primeras posiciones, sin demasiada resistencia por parte del defensor, resistencia cuya intensidad fué en aumento a medida que el atacante se internaba en la zona enemiga.

La preparación artillera ha ido constantemente en aumento. Los franceses, en Champagne, se creyó que habían llegado al límite en este respecto, pero luego se vió que su fuego, tanto por el calibre de las piezas como por el número de éstas, quedó muy debajo del que desataron los alemanes contra Verdun; de la misma manera, el tiro preparatorio de los aliados en el Somme ha superado en mucho al de los alemanes en Verdun. Sin ese fuego abrumador, parece que no hay probabilidad de que el ataque tenga éxito; pero para ejecutar la obra previa de destrucción se requieren tantas piezas y una cantidad de municiones tan prodigiosa, que es menester localizar el ataque, reducirlo a un frente relativamente corto, lo cual da al adversario la facilidad de llamar a sus reservas, sin temor a verse sorprendido en otro punto. De donde resulta que el éxito inicial es seguro o casi cierto, pero, en compensación, sus consecuencias son de corto alcance.

Las guarniciones de las primeras líneas, cortadas de sus reservas, con sus organizaciones defensivas destruidas, y medio alocadas por el espanto y persistente cañoneo y a menudo víctimas de las angustias de la sed, están condenadas de antemano a morir o quedar prisioneras. Esto aconteció en Champagne, se repitió en Verdun y ha tenido lugar en menor escala ahora en el Somme. En cambio, a juzgar por los relatos de los periódicos franceses e ingleses, las bajas del atacante han sido mayores de lo que se esperaba, es decir, que el defensor ha perdido menos prisioneros y el ofensor ha resultado más castigado. Ello se debe a una modificación que los alemanes han introducido en la disposición de sus atrincheramientos.

Tanto las alambradas, como las trincheras y las zapas de comunicación es imposible que resistan a un tiro prolongado de la artillería de grueso calibre, de modo que hay que fiar poco en su resistencia si el enemigo se propone seriamente conquistarlas. Esto aconteció en Champagne y Verdun. Habían observado los alemanes los excelentes efectos que se obtenían estableciendo las ametralladoras fuera de las trincheras, y hace meses que se sirvieron del sistema de pozos de ametralladoras, destinados unas veces a batir los intervalos, otras a enfilar trozos de las trincheras propias, y siempre a suplir con su tiro el de la fusilería inutilizada por la destrucción de sus reparos. Y como es más, mucho más fácil de ocultar y proteger un pozo, generalmente sin ocupar, ni delatar su presencia, que una línea continua, han abierto en el frente occidental, y probable es que suceda lo mismo en el oriental, numerosísimos pozos, enlazados con abrigos a gran profundidad, en los que se mantienen, hasta el momento preciso, la ametralladora y sus sirvientes. De cada abrigo, a prueba del más violento cañoneo, parten galerías a uno, dos o más pozos, de suerte que aunque alguno sea arrasado por la artillería, pueda disponerse de otro. Todo ello fuera de la línea de trincheras, con independencia de ella, salvo la comunicación entre la red general y el abrigo. Gracias a esta previsión, cuando la infantería de las trincheras ha quedado reducida a la impotencia y apenas puede oponerse al avance enemigo, las ametralladoras especiales rompen el fuego y siegan al atacante.

Se comprende lo difícil que es contrarrestar este elemento de defensa. Como los pozos no están ocupados normalmente, son invisibles a pocos metros de distancia y escapan a la observación aérea, el agresor desconoce su situación y no tiene medio de corregir el tiro; aunque poseyera todos los datos apetecibles, se necesitaría un consumo enorme de municiones para poner un proyectil en un punto que apenas mide tres metros cuadrados. El resultado es que el fuego de preparación se torna más laborioso y lento cada día, y el atacado dispone de más tiempo para tomar sus medidas de seguridad.

Lo ocurrido en el Somme es, pues, la repetición de lo acontecido en Champagne y en el primer período de la batalla de Verdun. Después de los primeros avances, el ofensor no cuenta ya con el apoyo eficazísimo de la artillería pesada, y entonces sobreviene el contraataque del defensor, apoyado en nuevas posiciones atrincheradas, y hay que suspender la batalla, hasta que los grandes cañones avancen a

su vez y batan las defensas enemigas. Suponiendo que el segundo y aun el tercer empuje sean favorables, como el defensor ha tenido tiempo para reorganizar sus líneas, no deja nunca el que ataca de encontrarse ante una barrera artificial, y la ruptura no tiene lugar. Lo más que puede ocurrir—y este caso se ha dado en Volinia, al replegarse los alemanes desde el Styr hasta el Stochod—es que la penetración sea tan pronunciada que para evitar los ataques de flanco desde el saliente, retroceda lateralmente el frente de defensa en una extensión más o menos grande, pero nunca antes de haberse organizado otras posiciones de contención.

De consiguiente, el avance logrado merced al fuego incontrarrestable de la artillería pesada, ofrece las ventajas de economizar vidas y ser de éxito seguro, pero, en compensación, sólo brinda una ganancia de terreno, sin producir ningún resultado estratégico y nada más que un fin táctico de mediano interés. El frente enemigo se flexa, se retuerce, retrocede, pero no se rompe; mientras permanezca en territorio ajeno no se considera, y tiene razón, derrotado, y se persuade, si no lo estuviera ya, de que por este método de guerra se agotará cualquiera de los dos partidos que lo emplee, antes de que el enemigo se confiese vencido. Plausible es semejante sistema de guerra contra una plaza fuerte o un punto determinado de valor militar intrínseco; como medio normal de derrotar al adversario, su eficacia hasta ahora ha sido nula.

Al parecer, la preparación artillera en el frente inglés superó a la francesa, pese a lo cual los resultados fueron más mediocres. Ello debe de atribuirse a la improvisación de aquel ejército, que es imposible que cuente con el número suficiente de oficiales experimentados y duchos en su profesión.

Puesto que lo mismo en Artois, que en Champagne, Verdun y el Somme, ha sido menester localizar los ataques, restándoles eficacia y renunciando de antemano a toda ventaja rápida y de consideración, ¿habrá que resignarse a enterrar para siempre la estrategia y reducir la guerra a un vulgar efecto mecánico? El tema es interesante y merece ser tratado por separado.

IV.—La situación el 21 de julio

Adelanta el verano sin que se vea aparecer ninguno de esos grandes movimientos de ejércitos que presagian una batalla o una operación decisiva y, por consiguiente, la próxima terminación de la guerra por la acción inmediata de las armas. Los invasores, porque entienden acaso que conservando esta condición tienen bastante para resultar vencedores, y los invadidos, porque tal vez temen agotar sus fuerzas en resueltos ataques que no tengan éxito, todos parecen dominados por la situación y sometidos a ella, en vez de pretender crear otra nueva que les favorezca. La guerra languidece, circunstancia que si bien podría conducir a prolongarla, puede muy bien engendrar una terminación rápida e imprevista, por avenencia entre las partes.

En el Cáucaso, son ahora los rusos los que toman otra vez la ofensiva; se han apoderado de Baiburt, entre Erzerúm y Trebisonda, y avanzan entre ambos puntos, o sea en la zona oeste del teatro. Los turcos

conservan su ventajosa situación en el Este, sobre todo en Persia, donde se ha acentuado el retroceso ruso, y así mismo ha habido combates en la baja Mesopotamia, sector de Basorá, lo cual parece indicar que los ingleses que se mantenían en el Tigris se han replegado hacia el S.

Ha recrudecido la guerra en el oeste de Egipto. Los italianos en Libia han sido derrotados y empujados al litoral, y una parte de las fuerzas indígenas ha penetrado por segunda vez en el Egipto occidental.

Escaramuzas en el frente de Vallona y en las líneas avanzadas de Salónica.

En el frente ruso, los ataques, bastante violentos, de las tropas de Kuropatkin entre Riga y Dvinsk, han sido rechazados, pero continúa la actividad de la artillería y menudean los combates de infantería. La batalla, empero, no ha alcanzado, ni de lejos, la intensidad que tuvo la de marzo último. Los repetidos intentos de los rusos para apoderarse del importante nudo de comunicaciones de Baranovitchi, en el centro, han fracasado. En la región del S., han obtenido algunas pequeñas ventajas los alemanes en Volinia, se mantiene estacionaria la situación en el frente que cubre el ejército austro-alemán del general conde Bothmer, y se lucha con suerte varia en la frontera que separa a Galizia de Bukovina. Las vanguardias de las tropas rusas que ocuparon esta última provincia se han detenido antes de llegar a las faldas de los Cárpatos, sin duda temiendo que se repitiera lo que aconteció la primera vez que franquearon estas montañas sin estar bien asegurado el flanco derecho contra los ataques de los austriacos.

En el sector de Verdun, el turioso fuego de artillería que allí tiene lugar hace dos meses sólo ha sido interrumpido por algunas enérgicas reacciones emprendidas por los franceses para recuperar las defensas de Froi-de-Terre y la meseta de Souville; no han dado resultado. En la orilla izquierda del Mosa, no ha habido más que encuentros entre partidas de reconocimiento.

Lo mismo en Champagne, que en los Ardenas, Lorena y los Vosgos, los dos adversarios se muestran más activos que antes, tanteando cada uno la vigilancia y fuerza de la línea enemiga. Ninguna de esas escaramuzas ha revestido el carácter de combate formal.

En el Somme, los ingleses han reanudado, con la mayor energía, sus esfuerzos para llevar su línea a la altura de la francesa, más al Sur. La lucha en este sector ha sido particularmente viva, desesperada en ocasiones, como consecuencia de tantos reiterados intentos, los ingleses han conseguido algunos éxitos, insignificantes, parte de los cuales han sido anulados por los contraataques, no menos resueltos, de los alemanes. La batalla no está produciendo al atacante los resultados que esperaba, ni las ventajas logradas compensan las pérdidas padecidas, ni están en armonía con lo lento y minucioso de la preparación, ni con el consumo fabuloso de municiones.

En la misma región, los franceses, que habían permanecido en actitud expectante aguardando el avance inglés, acaban de pronunciar un esfuerzo con una masa considerable de fuerzas, que el parte alemán hace ascender a 200.000 hombres, en el extremo S. de la línea de ataque, sin duda para precaverse contra los ataques de flanco que, a causa del saliente formado por la penetración de los franceses en la línea alemana, pudiera emprender el defensor. Aunque la fortuna no ha coronado por ahora este esfuerzo, es de creer que el atacante logrará su propósito, dada la concentración de medios que a este fin ha llevado a cabo. La batalla continúa y probablemente no terminará en algunos días. En dirección a Peronne, no se han repetido los ataques. Los combates en el Somme han perdido su condición de sorpresa y han tomado un aspecto parecido al de los que se desarrollan en Verdun, con la diferencia de que en el Somme no hay ninguna plaza fuerte.

En el frente italiano reina la misma calma que antes de la ofensiva austro-húngaro en el Tirol. Declaran ya los periódicos italianos que una mayor penetración en el territorio enemigo les costaría muchas bajas, y afirman que los austriacos no han disminuido los efectivos de las fuerzas que cubren aquel frente, es decir, que sólo han enviado al teatro ruso los refuerzos de que echaron mano para apoyar el ataque desde el Trentino.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

22 de julio de 1916.